

Jesús es el gran Sumo Sacerdote:

Jesús, el mediador de un nuevo Pacto

Hebreos 8:1 al 10:18

La superioridad del sacrificio de Cristo

Hebreos 9

Impotencia de los sacrificios efectuados en el santuario terreno

Hebreos 9:1-10 Segunda parte

Por Julio César Benítez.

juliobenitez@caractercristiano.org

Introducción:

Continuando con el contraste entre el sistema religioso del antiguo pacto, el cual era ineficiente para conducir al hombre a un encuentro íntimo con su Dios, y el nuevo pacto, el cual garantiza la plena y eterna reconciliación entre Dios y el hombre escogido por gracia, el autor, desde el verso 6 y hasta el 10 se enfoca en mostrarnos que las reglas para el culto (9:1) eran solo externas, temporales, y por lo tanto, insuficientes para acercarnos de manera definitiva a Dios.

Si recordamos lo que el autor ya ha dicho en los versos 1 al 5, entonces sabemos que la estructura física del tabernáculo estaba hecha con el fin de impedir el camino de regreso a Dios, pues, los dos velos que separaban el lugar santo del atrio y el lugar santísimo del santo, eran un símbolo de este obstáculo espiritual, ya que el hombre pecador no puede acercarse con plena confianza al Santo y terrible Dios a través de los sacrificios de animales.

Ahora, en los versos 6 al 10 el autor de la epístola dejará ver que el culto celebrado en dicho tabernáculo estaba lleno de impedimentos y los sacrificios allí celebrados no podían limpiar la conciencia del ofensor.

v. 6. Y así dispuestas estas cosas, es decir, una vez que el tabernáculo estuvo así dispuesto o acondicionado (tal como lo especificó en los versos 1 al 5), los sacerdotes entraban al mismo para celebrar las ceremonias prescritas por la Ley. ¿Cuáles eran los deberes

regulares de los sacerdotes? ¿En qué consistía su oficio de culto o ministerio?: Quemar incienso en la mañana y tarde (Ex. 30:7-8), cambiar los doce panes de la proposición cada sábado (Lv. 24:8-9), velar para que las lámparas del candelabro siempre estuviesen encendidas (Éx. 27:20s) y los sacrificios diarios (Ex. 29:38-46). Cuando el autor dice que los sacerdotes entran a la primera parte, se refiere al lugar santo. Siendo que con el tiempo llegaron a ser muchos sacerdotes, entonces se echaban suertes para determinar a quién le correspondería entrar al lugar santo a celebrar estos rituales. Esto es lo que nos deja ver Lucas 1:8-10 *“Y aconteció que ejerciendo Zacarías el sacerdocio delante de Dios según el orden de su clase, conforme a la costumbre del sacerdocio, le tocó en suerte ofrecer el incienso, entrando en el santuario del Señor (el lugar santo, no el santísimo). Y toda la multitud del pueblo estaba fuera orando a la hora del incienso”*.

v. 7. Ahora, los sacerdotes no lograban llegar al lugar que representaba la morada o la presencia de Dios, por decir así, le rendían culto a lo lejos, con ciertas barreras e impedimentos. A pesar de todo el esfuerzo que ellos hicieran por cumplir con todos los ritos ceremoniales de purificación, ellos tenían prohibido ingresar al sitio donde moraba el Señor, el acceso a su trono de gloria les estaba velado. Esta era una situación muy triste y desesperante, pues, algunos genuinos sacerdotes, cuyos corazones anhelaban tener una comunión más estrecha con el Señor, debían conformarse con llegar a la antesala de la presencia de Dios, y aunque quisieran de corazón llegar a su presencia, simplemente no podían. Un velo se los impedía. Era algo paradójico, los sacerdotes mediaban entre el pueblo y Dios, pero ellos mismos no podían llegar al lugar donde moraba el Señor, desde lejos le rendían culto. Aunque debemos tener en cuenta, que, conforme a Su voluntad soberana, y queriendo el Señor mostrarnos que en todos los tiempos la salvación ha sido solo por gracia, aún en el lugar santo él salió al encuentro de algunos sacerdotes, como nos lo deja ver el caso de Zacarías, padre de Juan el Bautista. Él no estaba en el lugar santísimo y no obstante el Señor envía a uno de sus celestes mensajeros para darle una buena noticia. Ahora, si a los sacerdotes no se les estaba permitido ingresar al lugar santísimo, donde reposaba la presencia gloriosa de Dios en medio de su pueblo Israel, entonces de qué

manera los sacrificios expiatorios eran presentados ante Dios. Bueno, no a todos los sacerdotes se les impedía el ingreso al santuario interior, uno entre ellos si lo podía hacer. Al sumo sacerdote se le permitía el ingreso al lugar santísimo. Y él llevaba la sangre de la expiación por los pecados del pueblo y la rociaba delante del objeto que representaba la morada de Dios en medio de Israel, es decir, la tapa del arca del pacto o el propiciatorio. Pero incluso para el sumo sacerdote las restricciones no eran pequeñas: Primero, solo podía entrar al santuario interior una vez al año. Esto evidenciaba que ni siquiera el sumo sacerdote, con todos los honores que recibía, y la infinidad de ritos de limpieza a que se sometía, y la vestimenta especial que usaba, era digno de entrar a la presencia de Dios. Definitivamente los estragos del pecado en el género humano son terribles. Ni los hombres más piadosos están libre de culpa, todos somos culpable delante de Dios y por lo tanto estamos bajo su ira, de manera que en él no encontraremos consuelo sino solo a través del único sacerdote que puede interceder por nosotros constantemente porque él pudo presentar la única ofrenda de sangre aceptable ante el Padre Santo, Jesucristo, a través de él y solo de él podemos llegar al lugar santísimo, como luego nos lo enseñará el autor. El sumo sacerdote podía ingresar al lugar santísimo en el gran día de la expiación, que hoy día es denominado por los judíos como el Yom Kippur. Esta era la celebración o culto más importante para los judíos, pues, en ese día, el sumo sacerdote hacía expiación por los pecados del pueblo. *“Habló Jehová a Moisés después de la muerte de los dos hijos de Aarón, cuando se acercaron delante de Jehová y murieron. (Nadab y Abiú que ofrecieron fuego extraño delante de la presencia del Señor. Lev. 10:1-2) Y Jehová dijo a Moisés: di a Aarón tu hermano, que no en todo tiempo entre en el santuario detrás del velo, delante del propiciatorio que está sobre el arca, para que no muera; porque yo apareceré en la nube sobre el propiciatorio”* (Lev. 16:1-2). Era un acto de misericordia para con los sacerdotes el no permitirles la entrada al lugar santísimo cada vez que ellos quisieran, pues, así como Nadab y Abiú, ellos podían cometer algún error y el resultado sería terrible, pues, la presencia del Señor es gozosa para los que han sido purificados totalmente, pero es terrible para lo que aún cargan pecados a costas. Los dos hijos de Aarón llevaban pecado sobre sí, y entrando al santuario vieron la shekinah o la gloria del Señor, pero en vez de disfrutar de

un hermoso y glorioso momento, la tragedia vino sobre ellos, porque como dice Deuteronomio 4:24 “...*Jehová tu Dios es fuego consumidor, Dios celoso*”. Su santidad es fuego que quema y destruye al pecador, por esa razón cuando Isaías tuvo la visión del trono alto y sublime, la primera impresión que le causa ver la gloria del Señor es terrible y de mucho miedo, porque en él había pecado y viendo la terrible santidad de Dios supo que de su trono saldría fuego que lo consumiría, así como su santidad consumirá con ira a los pecadores. Para un pecador será un acto de misericordia que Dios lo envíe al infierno en vez de estar en su presencia, que es una terrible santidad, pues, el hombre pecador se mantendría huyendo constantemente de su creador, así como Adán huyó despavorido cuando escuchó la voz de Dios. El pecado no puede estar en la presencia del Dios santo y por lo tanto a un pecador le iría mejor en el infierno que en el cielo. Pero no queremos que nadie perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento, porque el infierno será terrible, eternamente terrible y tormentoso.

Siendo así de santa la presencia del Señor, entonces, como un acto de puro amor, Moisés le dice a Aarón que solo entre al santuario una vez al año, en el día de la expiación, ya que ese día podía convertirse en un momento de terror para el sumo sacerdote, pero si no moría en el acto, y podía cumplir con todo el ritual, entonces era un día de gran gozo para todo Israel. Pero si ese fue un acto de misericordia, cuanta misericordia se despliega para con los creyentes del Nuevo Pacto, los cuales no tenemos restricción para entrar a la presencia del Señor, sino que de día y noche podemos allegarnos a él, porque el Sumo Pontífice eterno, el Cordero que fue inmolado, está allí siempre intercediendo por nosotros, y cuando entramos al santuario y el fuego de la ira de Dios nos quiere alcanzar, a causa de nuestros pecados, el mediador eterno muestra al Padre las heridas de sus manos, las heridas de sus pies, y su costado, aplacando la ira de la santidad de Dios y permitiéndonos llegar con confianza a su trono de gloria, sabiendo que en Jesucristo somos hechos los hijos de su amor, y de su trono no saldrá fuego consumidor, sino el benevolente amor del Padre misericordioso.

Una segunda restricción para el sumo sacerdote consiste en que la única vez al año en la cual podía entrar al santuario interior lo tenía que hacer con sangre. Siendo que el sumo sacerdote también era pecador, entonces su pecado le impedía estar en la presencia de Dios,

porque, como dice Habacuc 1:13 *“Muy limpio eres de ojos para ver el mal...”*, por lo tanto, él debía expiar su propio pecado, pero con sangre ajena: *“Con esto entrará Aarón en el santuario: con un becerro para expiación (por sus pecados y los de su casa), y un carnero para holocausto. Y hará traer Aarón el becerro de la expiación que es suyo, y hará la reconciliación por sí y por su casa”*. (Lev. 16:3, 6).

El día de la expiación se celebraba el décimo día del décimo mes, entre fines de Septiembre y principios de Octubre (Lv. 23:26; Nm. 29:7). El pueblo acudía afligido a las puertas del tabernáculo para recibir el perdón de sus pecados, por medio de la sangre derramada. Ellos esperaban un año para celebrar esta expiación.

Así que el sumo sacerdote debía entrar dos veces al santuario, una para expiar sus pecados y los de su casa, y otra para expiar los pecados del pueblo. El sumo sacerdote derramaba la sangre sobre el propiciatorio, cubriendo así su pecado, el de su familia y el del pueblo de Israel. Aunque Levíticos 16:30 dice que la expiación efectuada era por todos los pecados, el autor de Hebreos dice que esta expiación era solo por *los pecados de ignorancia del pueblo*. Ahora, en el Antiguo Testamento se hacía una diferencia entre los pecados por yerro o ignorancia y los pecados intencionales o cometidos con soberbia. Números 15 da instrucciones respecto a estas dos clases de pecado. Si algún israelita o si el pueblo cometiere un pecado inadvertido, es decir, no deliberadamente, entonces para los tales hay oportunidad de perdón, a través del sacrificio de un novillo y un macho cabrío. *“Y el sacerdote hará expiación por toda la congregación de los hijos de Israel; y les será perdonado, porque yerro es; y ellos traerán sus ofrendas, ofrenda encendida a Jehová, y sus expiaciones delante de Jehová por sus yerros. Y será perdonado a toda la congregación de los hijos de Israel, y al extranjero que mora entre ellos, por cuanto es yerro del todo el pueblo”* (Nm. 15:25-26). Esto deja ver que los pecados de ignorancia, aunque sean por desconocimiento, no eximen a la persona de responsabilidad. Ellos requerían expiación, derramamiento de sangre, es decir, por ignorancia también ofendemos al Dios Santo y su ira debe ser apaciguada. Cuantas veces nos vemos tentados a pensar que siendo que al tener mayor conocimiento somos más responsables, entonces no conozcamos mucho para no tener responsabilidad. Pero esto es un error, pues, los pecados de ignorancia

son pecados y conducen a la muerte, y son terribles, porque podemos estar pecando constantemente en ignorancia, ofendiendo al Santo Dios, por eso es nuestro deber cristiano conocer en profundidad las Sagradas Escrituras, de manera que sepamos distinguir lo bueno de lo malo y no desagrademos a Dios con una vida licenciosa. Los pecados de ignorancia voluntaria son terribles pecados.

Pero había otra clase de pecado, por la cual no se podía hacer expiación, ni había substitución, este era el pecado deliberado, intencional o hecho con soberbia, lo que se debía hacer con esta clase de pecadores era cortarlos del pueblo, es decir, aplicar sobre ellos la pena capital, porque el que comete esta clase de pecado blasfema contra el Señor. *“Mas la persona que hiciere algo con soberbia, así el natural como el extranjero, ultraja a Jehová; esa persona será cortada de en medio de su pueblo. Por cuanto tuvo en poco la palabra de Jehová, y menospreció su mandamiento, enteramente será cortada esa persona; su iniquidad caerá sobre ella”* (Nm. 15:30-31). De la misma manera, en el Nuevo Testamento, se advierte que las personas que cometen, vez tras vez, esta clase de pecados, están demostrando que sus pecados no han sido perdonados y por lo tanto, ellos están alejados del Señor. Este pecado hecho con soberbia es aquel que se rebela de manera flagrante contra Dios, a pesar de tener conocimiento de la verdad, es aquel pecado que de manera consciente y con pleno conocimiento se levanta en contra del Dios del cielo. Escuchen lo que dice el Nuevo Testamento:

“Porque es imposible que los que una vez fueron iluminados y gustaron del don celestial, y fueron hechos partícipes del Espíritu Santo, y asimismo gustaron de la buena palabra de Dios y los poderes del siglo venidero, y recayeron, sean otra vez renovados para arrepentimiento, crucificando de nuevo para sí mismos al Hijo de Dios y exponiéndole a vituperio” (Hb. 6:4-6). Cuando una persona, teniendo cierto conocimiento de la verdad revelada en las Sagradas Escrituras, se rebela en contra de ese conocimiento, entonces ha empezado el camino de la apostasía, de la cual no hay reversa.

“Porque si pecáremos voluntariamente después de haber recibido el conocimiento de la verdad, ya no queda más sacrificio por los pecados, sino una horrenda expectación de

juicio, y de hervor de fuego que ha de devorar a los adversarios” (Hb. 10:26-27). Si un hombre, con pleno conocimiento de la verdad bíblica, se rebela en contra del creador y espera encontrar la limpieza de sus pecados, a través de otro medio, distinto a Cristo, entonces para él no hay perdón de su pecado, pues, está rechazando al Salvador.

El Señor Jesús dijo que todo pecado será perdonado a los hombres, pero el pecado de blasfemia contra el Espíritu Santo no será perdonado. Es el mismo pecado que se menciona en Números 15. Es una blasfemia contra el Señor cuando con conocimiento de su verdad decidimos alejarnos de él, pecando gravemente contra su misericordia.

Ahora, en cierto sentido, todo pecado es cometido en ignorancia, menos la blasfemia contra el Espíritu Santo, como dice Calvino: “... sin duda jamás pecamos excepto cuando somos engañados por las seducciones satánicas. El Apóstol (el autor de Hebreos) no lo entiende por una simple ignorancia, como dicen, más al contrario, él incluye también los pecados voluntarios; pero como ya afirmé, ningún pecado está exento de error o ignorancia; pues, por mucho que a sabiendas o voluntariamente uno pueda pecar, a pesar de todo uno tiene que aceptar que es cegado por su lujuria, de suerte que el pecador no juzga rectamente, o más bien, se olvida de sí mismo y de Dios; pues los hombres jamás se precipitan deliberadamente hacia la ruina, sino que siendo embrollados con los engaños de Satanás, pierden la capacidad de discernir correctamente”¹.

v. 8 El autor de Hebreos tiene un alto concepto de las Sagradas Escrituras. Él no es liberal en la interpretación de la misma, todo lo contrario, él ve al Espíritu Santo detrás de todo lo que en ella está escrito, siendo así, no hay error alguno en ella. En todas las Escrituras nos habla el Espíritu Santo, con verdad, sin equivocaciones. El autor dice que el Espíritu Santo quería enseñarnos una profunda verdad cuando dio instrucciones respecto a la estructura del tabernáculo y el culto que oficiaban en él los sacerdotes: Que en tiempos del Antiguo Testamento el camino a la presencia de Dios aún no estaba abierto. El pueblo del pacto no podía entrar al tabernáculo, les estaba prohibido. En el tabernáculo se encontraba la presencia de Dios, pero los velos impedían que la gente entrara, y si alguien entraba sin estar autorizado, entonces su castigo era la muerte. Al tabernáculo solo podían entrar los

¹ Calvino, Juan. Hebreos. Página 178

sacerdotes, pero nunca hasta el santuario interior, sino solo hasta el lugar santo. Aunque quisiera pasar al santuario un velo les impedía el ingreso. Dios se había separado del hombre. Al principio, en la creación, el jardín del Edén representaba la presencia de Dios en medio de la humanidad, pero luego que el hombre peca contra el Señor, este es sacado del Edén, no pudiendo ingresar más a él, pues, varios querubines y una espada encendida se revolvió por todos lados impidiendo el ingreso del ser humano caído en pecado. Adán podía ver a los lejos el Edén, sabía que allí estaba la presencia de Dios, pero no podía entrar al santuario. Lo mismo sucedía con el pueblo de Israel. Ellos podían ver el santuario, pero no disfrutaban de la real y duradera comunión con el Santo Dios, porque unos querubines cubrían el propiciatorio, el lugar donde moraba la presencia de Dios en medio del pueblo, y unos velos obstaculizaban el ingreso.

Ahora, esta separación entre Dios y el hombre se mantendría mientras el primer santuario estuviera en pie. Es decir, mientras el tabernáculo y el templo, que lo reemplazó, fueran lugares de culto aprobados por Dios, se mantendría esta separación que impedía el acceso al Padre. Moisés pudo hablar cara a cara con Dios, es decir, él era admitido ante la presencia del Señor, por pura gracia, pero los sacerdotes tenían más limitaciones, ya que solo podían llegar a su presencia una vez al año, y esto, con sangre de animales, lo cual da a entender que “el orden aarónico no era la manera en que Dios quería derribar la barrera a la participación general en las bendiciones de detrás del velo”².

Pero cuando el Mesías prometido cumplió las profecías y expió el pecado de su pueblo, el velo que estorbaba el camino hacia Dios se rompió. “*Y he aquí, el velo del templo se rasgó en dos, de arriba abajo...*” (Mt. 27:51). Esto indicaba que el gran momento esperado había llegado. Un hombre había sido traspasado por la espada encendida que revoloteaba impidiendo el retorno al Edén, un hombre había derramado su sangre en expiación por el pecado y por eso los velos que separaban al pueblo de la presencia de Dios habían sido rotos, ahora, todos los que depositan su confianza plena en ese sacrificio expiatorio pueden ingresar al lugar santísimo sin temor a que una espada encendida los traspase, o un fuego los consuma como a los hijos de Aarón, o un velo les estorbe la entrada.

² Taylor, Richard. Comentario Bíblico Beacon. Hebreos hasta Apocalipsis. Página 106

Aunque nuestra versión Reina Valera traduce la última parte del verso 8 así “...*entretanto que la primera parte del tabernáculo estuviese en pie*”, refiriéndose con ello al lugar santo del tabernáculo, los eruditos creen que una mejor traducción debiera ser “*entretanto que el primer tabernáculo estuviese aún en pie*”, refiriéndose con ello, no solo al tabernáculo en el desierto, sino también al templo de Jerusalén, contrastando este sistema religioso del Antiguo Pacto, con el tabernáculo o templo celestial en el cual oficia Cristo. Es decir, mientras estuviese vigente el tabernáculo y el templo, el camino a Dios continuaría cerrado. Era necesario que el verdadero Sumo Sacerdote, del orden de Melquisedec, entrara al santuario celestial, para así garantizar el camino de comunión directa y permanente con el Santo Creador.

Ahora, siendo que el autor de Hebreos en el verso 7 ha mencionado al gran día de la Expiación, la celebración cúllica mas imponente e importante para los judíos, y ahora en el 8 dice que todo lo que representaba el tabernáculo, y por ende el templo, eran un obstáculo que ensombrecían el camino de comunión directa con Dios, entonces ha dejado en claro a los judíos cristianos que querían regresar al judaísmo que todo su sistema religioso, ahora, luego de la muerte sacrificial del verdadero cordero pascual, no sirve para nada. Esto es otro duro golpe en contra de los que defendían al judaísmo como una religión superior. Ahora hay un verdadero camino a Dios, y este no se encuentra en el templo de Jerusalén, ni en un sistema de ritos y sacrificios, sino solamente en Cristo Jesús; como dice William MacDonald “Si se puede demostrar que la obra de Cristo es superior a la del sumo sacerdote en el principal día del calendario religioso de Israel, entonces habrá conseguido su objetivo”³, o como dice Calvino “Vemos que la propia forma del antiguo tabernáculo evocaba a los judíos que debían esperar algo mejor. Luego aquellos que aún retenían las sombras de la ley, actuaban en forma insensata al obstruir intencionalmente su propio camino”⁴.

³ MacDonald, William. Comentario Bíblico. Página 1001

⁴ Calvino, Juan. Hebreos. Página 177

Aplicaciones:

- La economía del Antiguo Testamento estuvo relacionada con el lugar santo, donde a diario se celebraban ciertos servicios, pero la del Nuevo Testamento, con el lugar santísimo, pues, a través de la obra perfecta de Cristo se ha abierto el camino que nos conduce, por la fe, al cielo. Ahora podemos ver todo lo que hay en el santuario, de manera especial al arca, es decir, el Trono de Dios y su nube de gloria. Ahora el lugar santísimo, el cielo, se ha abierto de par en par, por la obra sacrificial de Jesucristo y aquellas cosas que se mantenían ocultas para el pueblo, ya son visibles para todos nosotros, como dice Juan: *“Y el templo de Dios fue abierto en el cielo, y el arca de su pacto se veía en el templo. Y hubo relámpagos, voces, truenos, un terremoto y grande granizo”* (Ap. 11:19). Siendo que ahora estamos viendo a cara descubierta, por medio de la fe, la gloria del Señor, la gloria del Santísimo, entonces, así como el sumo sacerdote del antiguo testamento, vistámonos, no de manera externa sino en el interior, con la santidad y la luz que deben caracterizar a aquel que ha estado viendo la gloria del Señor. Que de la misma manera que el rostro de Moisés brillaba por haber estado en su santa presencia, nuestro rostro, nuestra vida entera exprese esa gloriosa santidad del Señor. Ahora podemos estar todo el tiempo que querramos en el lugar santísimo. Nuestros frutos evidenciarán cuánto tiempo hemos estado delante del Santísimo. Que reflejemos ante los hombres cuánto tiempo hemos pasado en el cielo, en el santuario donde oficia Cristo.